

2.3

■ 2. HAY SALIDA

La clave del desarrollo

Miguel Ignacio Purroy

Resulta difícil aportar algo sobre economía en el actual debate nacional. Uno se siente desbordado por la avalancha de proposiciones, cada cual más popular. El tono demagógico va "in crescendo" en la misma medida en que declina semana a semana la credibilidad de los proponentes. Pronto vamos a parecer reaccionarios liberales incluso los que siempre hemos estado hablando de equidad y de armonización de lo social con lo económico.

Poco es, por otra parte, lo que se puede hacer en lo inmediato. Más aún, lo más probable es que los golpes de timón venideros terminen de complicar las cosas. No es que no haya alternativas. Las hubo y las hay. En lo personal, he sido un crítico obstinado de las políticas de los últimos lustros. Todas ellas han tenido en común el intento de resarcir la pérdida de ingresos externos con el único expediente de castigar el ingreso real y el consumo de las mayorías. Pienso también que habría formas distintas de hacer las cosas en el futuro. Pero estamos hoy en una especie de callejón malévolo, en el que el clima político no deja espacio para la racionalidad económica, sea ésta de cualquier signo. Hasta tanto el sistema político no se reconstituya, sería preferible proponer y hacer el mínimo indispensable en materia de "rectificaciones" económicas. Ese mínimo no debería pasar del alivio temporal de la carestía de vida.

las disputas tecnicistas. Ya habrá tiempo después para hablar de tasas de cambio, de aranceles o de bonos cero-cupón. No sólo el sistema político, también el quehacer económico está necesitado de recuperar legitimidad, de volver a estar claro en lo básico ("back to the basics", que dicen los anglosajones). Si no desempolvamos esos conceptos constitutivos de la economía, cuando el marco político se aclare, nos volveremos a sumergir en la turbulencia de la ingeniería económica con la misma estulticia de antes. Volveremos a asombrarnos al cabo de unos años de que tampoco hemos avanzado y volveremos a lamentarnos de haber perdido el tiempo.

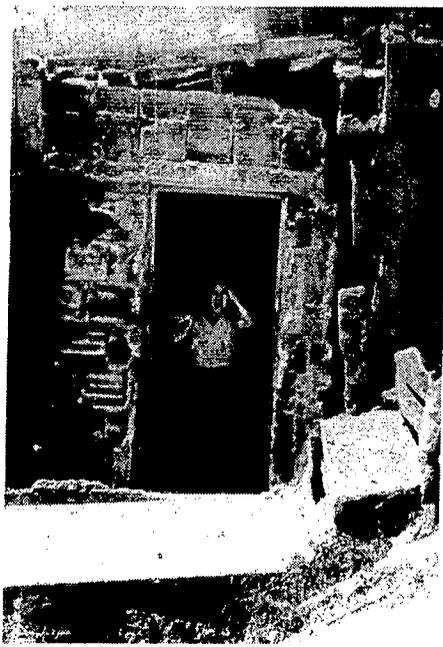
Dicho sin rodeos, lo básico del quehacer económico es que la gente viva bien. Y ahí hemos fallado rotundamente, porque hemos olvidado, en la práctica concreta, cuáles son los factores básicos en los que descansa un buen desarrollo económico. Hemos olvidado que el crecimiento proviene

del aumento de productividad y de que la productividad, a su vez, depende directamente de la calidad del capital humano. Las teorías modernas del crecimiento coinciden en señalar que, a largo plazo, el aumento de la riqueza de una sociedad depende del nivel de educación de su gente, porque ello permite aprovechar las potencialidades del avance tecnológico. Precisamente por ignorar este concepto y por despreciar, en la práctica, el cuidado de la gente, estamos hoy donde estamos. Se trata, pues, de devolverle a la economía su "ethos" social, el cual no es ningún postizo moralizante, sino su única razón de ser. Se trata también de demostrar que esta visión social de la economía está en concordancia no sólo con la tendencia más moderna del pensamiento económico, sino con la evidencia empírica de las estrategias de desarrollo exitosas.

CUATRO PILARES DEL DESARROLLO

Estar claro en esta idea básica no significa ignorar o menospreciar la complejidad de una estrategia de desarrollo económico. Pero la complejidad no debe hacernos perder el norte. El Banco Mundial, en su "Informe sobre el Desarrollo Mundial 1991"(1), hace una excelente sinopsis de las condiciones que favorecen el desarrollo y de sus interrelaciones. Intenta recoger, avalada con datos empíricos, la experiencia exitosa o frustrada de docenas de países durante los últimos cincuenta años.

Cuatro elementos interrelacionados determinan el éxito de una estrategia de desarrollo: la inversión en recursos humanos, una microeconomía competitiva, una macroeconomía estable y la vinculación con el comercio mundial. Cada uno de los elementos es importante en sí mismo, pero su implementación simultánea multiplica los efectos beneficiosos de cada área de acción (sinergia). Una economía interna competitiva, por ejemplo, permite que la inversión en capital



VUELTA A LO BASICO

Los economistas le haríamos un mejor servicio a la sociedad si iniciáramos también nuestro propio proceso "constituyente", si nos eleváramos sobre la inmediatez de la coyuntura, si dejáramos de lado por un momento

2. Hay salida

humano se transforme rápidamente en incrementos de la productividad, ya que las empresas necesitarán incorporar personal mejor calificado para ampliar su cuota de mercado o sobrevivir en la lucha competitiva. Una macroeconomía equilibrada elimina la distorsión e incertidumbre que la inflación ejerce sobre los precios, y permite así un mejor funcionamiento del mercado. Una economía abierta al comercio mundial recibe un flujo permanente de conocimientos y tecnología, que mejora el nivel de la fuerza de trabajo local. La mejor preparación del recurso humano, a su vez, posibilita fabricar y exportar productos con estándares internacionales de calidad. Estas son algunas de las relaciones sinérgicas, y se podrían mencionar muchas más.

De hecho, las tasas de crecimiento de sesenta países durante el período 1965-1987 permiten concluir que los países con alto nivel de educación (medido por los años promedio de instrucción escolar) y bajo grado de control de precios (medido por la distorsión de la tasa de cambio controlada) han alcanzado un crecimiento promedio un ochenta por ciento superior a los países con bajo nivel de educación y alta distorsión de precios.

Otra de las conclusiones básicas del informe del BM es que la estrategia de desarrollo ha sido más exitosa en los países que han logrado una feliz simbiosis entre funcionamiento del mercado y actuación del Estado. Este debe hacer menos en los aspectos donde los mercados funcionan e incrementar su acción en las áreas donde los mercados no pueden funcionar, concretamente en educación, salud, protección de niños y ancianos, infraestructura física, normativa jurídica, etc. Es vital la función estatal de garantizar un marco macroeconómico estable (fiscal, monetario y de balanza de pagos). Países exitosos suelen tener Estados muy activos e, incluso, con un gasto público creciente en términos relativos. No debe haber dogmas sobre las áreas de actuación estatal. El

secreto está en lograr que el Estado no actúe "a contrapelo" del mercado, sino más bien potenciándolo y apoyándolo. La experiencia revela también que más importante que la amplitud del campo de acción del Estado es la eficiencia en la gestión de las tareas asumidas.

LA VIEJA TEORIA

Reconocer la complejidad de la estrategia del desarrollo no debe desviarnos, sin embargo, de la idea básica, de la columna vertebral del problema del crecimiento. Mencionábamos al principio que el potencial de crecimiento tiene que ver fundamentalmente con la calidad del capital humano. La prestigiosa revista "The Economist" reseñaba recientemente la revolución producida durante la pasada década en las teorías del crecimiento. La mayor parte de los esfuerzos de los economistas para explicar y predecir el crecimiento no van más allá de consideraciones cortoplacistas sobre los ciclos coyunturales. Sirven a lo sumo para explicar desviaciones respecto a una tendencia de largo plazo, pero hay absoluta ignorancia sobre las fuerzas que determinan ese potencial de crecimiento a largo plazo. No explican por qué países con similares puntos de partida (en población, recursos naturales, stock de capital, etc.) han tenido desempeños tan distintos. Baste comparar países como los del Sureste Asiático con los del continente latinoamericano.

Desde la década de los 50 ha predominado la teoría neoclásica del crecimiento, cuyo máximo representante fue Robert Solow del MIT. Esta teoría dice que la producción de una economía está en función de la cantidad de capital y de fuerza de trabajo empleada (los factores de producción). Si se duplican ambas cantidades, la producción también se duplicará (supuesto de los retornos constantes de escala). Este supuesto hacía ser muy optimista sobre el potencial de crecimiento del mundo subdesarrollado, donde el margen de incorporación de capital y empleo era alto. Pero si, por ejemplo, el factor trabajo queda constante y se aumenta sucesivamente la inversión en capital, los incrementos de la producción serán cada vez menores (supuesto de los retornos decrecientes de los insumos). Este supuesto, aunado al supuesto de igual acceso a la tecnología, insinuaba que los países más desarrollados tenderían a igualar sus tasas de crecimiento.

Los datos empíricos no confirman ambos supuestos. Las tasas de crecimiento, tanto de los países subdesarrollados como de los desarrollados, han divergido enormemente. Por eso, la teoría neoclásica recurre al "progreso tecnológico" para descifrar esa parte del crecimiento que no puede ser explicada con los dos insumos básicos de producción (capital y trabajo). Es evidente que, más que la cantidad de insumos, el aumento de la productividad con que ellos se utilizan es lo que incide en el aumento de



Cuadro 1
PROPORCION DEL CRECIMIENTO ATRIBUIBLE AL AUMENTO
DE LOS FACTORES (1960 - 1987)

Países	Aumento Capital	Aumento Trabajo	Aumento Productividad
Japón	36	5	59
Estados Unidos	23	27	50
Asia Oriental	57	16	28
América Latina	67	30	0

Fuente: Banco Mundial, World Development Report 1991

la producción. Se supone que el mayor o menor rendimiento de la fuerza de trabajo, así como la mayor o menor productividad del capital dependen del progreso tecnológico en una sociedad. Y parecería que las diferencias en los ritmos de crecimiento guardan estrecha relación con la diferente capacidad de creación y asimilación de tecnología de los países.

EL SECRETO DEL CRECIMIENTO

Invitamos al lector a estudiar las cifras del Cuadro 1, porque son verdaderamente interesantes. Ahí se desglosa para el período 1960-87 qué porcentaje del crecimiento se ha debido a incrementos meramente cuantitativos de capital y de fuerza de trabajo y qué proporción se ha debido al aumento de la productividad en el uso de esos factores. Japón, por ejemplo, agradece un 59 por ciento de su crecimiento a incrementos en la productividad, un 36 por ciento al aumento de su stock de capital y apenas un 5 por ciento a la incorporación de nueva fuerza de trabajo. En los Estados Unidos, el incremento de productividad ha contribuido con un 50 por ciento. Los países de Asia Oriental (cuyo punto de partida en 1960 era similar o peor al de América Latina) deben un 28 por ciento de su crecimiento a mejoras de productividad. En América Latina, sin embargo, no ha habido ningún aumento de productividad durante esos 27 años. Todo el crecimiento se ha logrado a punta de inversión y de aumento de la población laboral. Mientras en Estados Unidos se necesitan 23 unidades de

nuevo capital para aumentar 100 unidades de producto, en América Latina hacen falta 67. Nuestro esfuerzo de inversión es el triple, debido al pobre desempeño tecnológico. Esta es la tremenda paradoja del subdesarrollo. Los países con menores recursos necesitan movilizar más insumos que los países ricos para obtener un mismo nivel de crecimiento, porque son más ineficientes en su uso.

Estos datos corroboran que el progreso tecnológico explicaría las fuertes diferencias en las dinámicas de crecimiento de los países. Pero la teoría neoclásica del crecimiento no ha sido capaz de explicar satisfactoriamente en qué consiste ese progreso tecnológico y cómo actúa. En el pensamiento neoclásico, la tecnología no es más que un factor "residual" y exógeno en la función de producción. Es lo que explica todo aquello que no encuentra explicación en la teoría. Es, en definitiva, una caja negra.

NUEVA TEORIA DEL CRECIMIENTO

Una importante contribución para llenar este vacío la ha venido realizando desde hace poco menos de diez años el profesor Paul Romer de la Universidad de California (2). Romer incorpora el "conocimiento" (el cómo hacer las cosas) como tercer factor de producción. Como cualquier insumo, hay que pagar por él, hay que producirlo, tiene su mercado, tiene su dinámica de expansión. No cae del cielo por obra y gracia de un genio inventor. La nueva teoría afirma que el conocimiento puede incrementar el

2. Hay salida

rendimiento del capital físico y de la fuerza de trabajo. Más aún, es usual que se produzca un círculo virtuoso en el que la inversión en capital potencia el conocimiento y viceversa. Igual virtuosidad se genera entre el mejoramiento de la fuerza de trabajo y el avance del conocimiento.

Es cierto que la contribución de Romer pudiera considerarse como una simple extensión de la teoría neoclásica, pero no es menos cierto que explica muchas más cosas. Apunta, por ejemplo, a interpretar el pobre desempeño de las economías subdesarrolladas no como una carencia de capital físico o de recursos materiales, sino como una falla de capital humano (piénsese en el caso Venezuela). Arroja luz sobre la interrelación positiva entre competitividad de la economía, apertura exterior y crecimiento. El nexo lo constituye el hecho de que en un ambiente competitivo y abierto el conocimiento fluye y se expande mucho mejor.

Aparte de arrojar más luz sobre el pasado, la nueva teoría del crecimiento puede aportar muchísimo al campo de las políticas económicas. Es una campanada de atención a todos esos ingenieros de la macroeconomía (sin alusiones al medio criollo), cuyo mundo se circunscribe a lidiar con los ciclos coyunturales. Es una invitación a colocar en el tope de la agenda política el problema de la gente, de su educación, de su crecimiento cultural y de su subsistencia material digna. Porque sólo así se crea el ambiente propicio para la difusión del conocimiento.

LA EDUCACION ES LA CLAVE

Quando se habla de innovación tecnológica y se observa el ritmo vertiginoso de avance de los países desarrollados, uno siente un cierto desaliento. El mundo subdesarrollado parecería estar condenado a un rezo sempiterno. Sin embargo, existe un elemento esperanzador. Aun cuando la innovación sea importante,

2. HAY SALIDA

su aplicación productiva es tanto o más importante. La ventaja de un mundo cada vez más intercomunicado es precisamente que el conocimiento puede fluir rápidamente hacia y ser aplicado en las sociedades que crean las condiciones favorables para ello, incluso en las sociedades subdesarrolladas. Aquí es donde adquiere relevancia la existencia de una economía estable, competitiva y abierta al exterior. El aspecto clave, que determina la capacidad de absorber y aplicar conocimientos, es la educación. Pero no una educación elitista, con unos pocos centros tecnológicos de avanzada, sino una educación ampliamente difundida. Una educación elitista puede ofrecer uno que otro éxito innovador, pero sólo la capacidad generalizada de la fuerza laboral para absorber y aplicar nuevos conocimientos garantizará la elevación del nivel de productividad de una economía como un todo.

Datos empíricos del Banco Mundial demuestran que, por cada año de aumento de la escolaridad promedio de los tres primeros años de educación, el PIB aumenta en 9 por ciento. Del cuarto al sexto año de instrucción, el incremento del PIB es de un 4 por ciento por cada año adicional de escolaridad. Este impresionante rendimiento económico de la educación responde al simple hecho de que produce el mismo efecto global incrementar un 100 por ciento la productividad del 10 por ciento de la fuerza laboral que incrementar un 10 por ciento la productividad del 100 por ciento de la fuerza laboral. Evidentemente, esto último es mucho más fácil de lograr. De ahí la mayor importancia estratégica de la educación primaria y básica y de ahí también la recomendación de concentrar recursos en esos niveles.

No sólo está demostrada la relación positiva entre nivel de educación y potencial de crecimiento de la economía. También hay evidencia de que a nivel individual un mayor nivel de educación reporta un mejor nivel de

ingreso. Un incremento de un año en el nivel de instrucción puede representarle al futuro trabajador un aumento del 10 por ciento de sus ingresos. Aparte de eso, aquí actúa también un círculo virtuoso entre mejora del ingreso y mejora de la productividad. Un mejor ingreso promueve mejor salud y mejor nutrición. Al mejorar la salud, el ausentismo laboral disminuye. En algunos países subdesarrollados, el ausentismo por razones de salud puede hacerle perder al trabajador entre un 2,1 y un 6,5 por ciento de sus ingresos anuales. Por otra parte, la productividad laboral aumenta en los trabajadores sanos y bien nutridos.

CONCLUSIONES DEL NUEVO ENFOQUE

Confío en que el lector haya podido seguir el hilo de las disquisiciones anteriores, un tanto teóricas. Sólo pretenden sustentar teórica y empíricamente las siguientes cuatro ideas básicas:

- 1) Una estrategia de desarrollo, si quiere ser exitosa, no puede descansar aisladamente en la estabilidad macroeconómica, en la apertura comercial, en la liberación del mercado o, ni siquiera, en la inversión en el capital humano. Con todo y lo importantes que puedan ser estos cuatro pilares del desarrollo, deben promoverse conjuntamente.
- 2) En el corto y mediano plazo, la complejidad instrumental de las políticas económicas puede ser grande. En el largo plazo, sin embargo, el potencial de crecimiento de una economía depende de algo tan simple como es su capacidad para incrementar la productividad en el uso de los insumos. Esta, a su vez, depende de la calidad del recurso humano, de su capacidad para absorber y aplicar conocimientos.
- 3) Si el conocimiento es la fuente de la productividad, la educación se convierte en la clave de una estrategia de desarrollo. Debe ser una educación masiva y orientada a capacitar a la gente para entender, absorber y aplicar nuevas formas de hacer las cosas.

- 4) Ampliar el acceso a la educación es la mejor forma de mejorar el ingreso futuro de la gente y, por ende, mejorar su condición general de vida.

ECONOMIA Y ETICA SOCIAL

Termino con dos reflexiones, derivadas de todo lo anterior. Debería haber quedado claro que rescatar el "ethos" social de la teoría y del quehacer económico no es un desideratum, con el que los cristianos quisiéramos humanizar la fría "racionalidad" económica. Nada de eso. Lo social es parte constitutiva de esa racionalidad económica. Primero, porque el bienestar material de la gente es el último fin del quehacer económico. Y, segundo, porque sin mejorar la educación, la salud y, en general, las condiciones de vida de la gente no hay posibilidad de sostener el potencial de crecimiento de la economía. Aquí es donde la racionalidad económica y la ética social se funden en un sólo propósito.

La segunda reflexión se refiere a la necesidad de distribución de la riqueza, de la que se va a hablar mucho en Venezuela en adelante. Advierto que no creo que sea viable el desarrollo económico de Venezuela con el actual patrón de distribución de la riqueza. No niego tampoco que se puedan obtener algunos resultados redistributivos por la vía fiscal. Pero insisto en que la mejor y más estable distribución de riqueza es la que se derivará de redistribuir las oportunidades de educación. Porque será la educación la que garantizará una mejoría permanente del nivel de ingreso de los individuos. Este enfoque redistributivo a través de la educación tiene una ventaja cualitativa sobre los enfoques tradicionales: es perfectamente compatible con la visión de una economía competitiva y abierta. Pero se requiere mucha paciencia y perseverancia, que es lo que hoy menos abunda en Venezuela.

- (1) Banco Mundial: World Development Report 1991, Washington D.C. 1991.
- (2) Paul Romer: Dynamic Competitive Equilibria with Externalities, Increasing Returns and Unbounded Growth, Univ. of California, Berkeley 1983.